

Escribe Juan Pedro APARICIO

DON CLAUDIO

EN LA HISTORIA DE ESPAÑA, DE MENENDEZ PIDAL

JOSE María Jover, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense, da fe, en la presentación que hace el tomo VII de la Historia de España, de Menéndez Pidal, de la alegría, que colma por igual a los editores y al actual director —el profesor Jover—, porque sea éste precisamente «el tomo de Don Claudio», con todo el simbolismo que esto entraña. ¿Qué simbolismo es éste? Parece que no hay más remedio, que su clave hay que buscarla en los caminos de la política. Veamos: largo paréntesis que abre la guerra civil, el exilio, el sacrificio y la pérdida de tantos valores. Paréntesis que se cierra, por fin, hoy, realizada la transición, en elborzado reencuentro con aquella Edad de Plata de nuestra cultura.

Ese parece ser el mensaje del profesor que menciona a Ortega y a Unamuno, a Zuloaga y a Vázquez Díaz, a Albéniz y a Falla, a Machado y a García Lorca. Nombres que, ciertamente, en la época, año 1927, en que Espasa Calpe encomendó a Menéndez Pidal la dirección de una historia de España, a la europea, en 12 tomos, habían abierto en la vida cultural española una deslumbrante expectativa.

Pero cuando Menéndez Pidal muere en 1968 —el plan original de 12 tomos había sido incrementado a un total de 40—, sólo habían visto la luz trece, diez de ellos durante el franquismo, bastante natural dada su dilatada vida. Así, una empresa, concebida en la monarquía, que había pasado como sobre ascuas por la república, que encuentra su mayor desarrollo durante el régimen anterior, llega hasta a nuestros democráticos días con un tomo dedicado, precisamente, a «las raíces de España».

¿Qué significa esto? ¿Acaso «el tomo de don Claudio» es capaz de, con un mágico «decíamos ayer», situar la Historia de Menéndez Pidal en aquella edad de plata de la cultura española? Quedó por ahora abierta la pregunta. Uno piensa, sin embargo, que aun siendo afirmativa la respuesta, y quizá por serlo, el anacronismo sería lo más destacado del empeño. Anacronismo que, inevitablemente, está presente en el libro y que en algún aspecto madrugadoramente declara don Claudio en advertencia previa a su lectura: «Habría querido reescribir todo lo publicado...», lo que no hace por razones varias, entre las que no es la menor la de que... «probablemente no habría podido superar las páginas escritas en plena madurez».

En este tomo VII, bellísimo y casi lu-

joso como objeto, está, pues, gran parte de la obra ya conocida del maestro de Avila, la dedicada a lo que él llama «los orígenes de la nación española». Hay también algunos textos inéditos que el maestro guardaba desde 1922; poca cosa, sin embargo, para hacerse notar en su obra. Obra que, como él manifiesta, ha sido erigida siguiendo el único método científico que existe: huyendo del, por algunos empleado, de concebir una idea o una teoría a fin de asombrar por su ruptura con las opiniones admitidas hasta allí y de acomodar luego los textos para fortificarla.

Declaración que no evita cierta peregrinidad al porvenir de quien desde 1922, apoyado, naturalmente, en los textos, mantiene que Pelayo soñó ya la salvación de España cuando se decidió a luchar en Covadonga. Y es que ya advierte Gabriel Jackson, a quien quiera oírle, que, si bien sólo se puede escribir la historia sobre la base de los testimonios escritos, el historiador tiene con demasiada frecuencia la frustrante sensación de que aquello que puede describir de manera más concreta no fue en su momento lo más importante.

Frases sabias que sirven siquiera para establecer una primera cautela: sin desentrañar la intención con que se escribieron las fuentes es casi inútil leerlas. ¡Aviados estaríamos si tomáramos los discursos de don José Solís para escribir la historia del pueblo español durante el franquismo!

Don Claudio nos dice, por ejemplo, que los ciudadanos leoneses tomaron el agua del río Bernesga, cuando, por el desnivel de su cota con respecto a la ciudad, es al Torio, más alto que aquel, a quien la ciudad de León debe toda el agua que bebió en su historia. Un sólo documento menciona estas aguas del Bernesga para

llevar ad populationem de legione. Pero esta expresión debe estar referida a una zona cultivable del alto leonés, lo que es más acorde con la finalidad del edicto repoblador de Alfonso III tendiente a la creación de una gran comarca leonesa, y a cuyo amparo se construye la presa. Anécdota, nimia en sí misma, que cobra importancia como indicio de un cierto modo de historiar en el que, al lado de un trabajo indiscutible, importantísimo, hay que anotar un apasionamiento tan hondo como poco iluminador para el quehacer científico.

Así Claudio Sánchez Albornoz busca en los textos, y las halla, razones suficientes como para probar repetidas veces, según propia expresión, la desertización secular del Valle del Duero, pilar teórico sobre el que alza, no pocas veces con caracteres de bastilla, su historia de España.

Pero no es éste el lugar para discutir sobre Covadonga ni sobre lo que Caro Baroja llama una especie de hiato puesto por Sánchez Albornoz y sus discípulos en nuestro pasado. Si lo es para señalar que de todo este grueso tomo VII, que aquí comentamos sigue pareciéndonos lo más preciado «Una ciudad de la España cristiana hace mil años», toda una joya. R que en la valiente aventura que asume el profesor Jover de concluir la obra iniciada por Menéndez Pidal notamos algunas ausencias. Ausencias justificadas, sin duda, por alguna cotidiana obviedad, pero que a muchos traerán desazón y obligarán a leer entre líneas.

El arabista García Gómez, en una nota a «El siglo XI en primera persona», aconseja a quien quiera trazar una historia de los reinos de Taifas la búsqueda de un personaje que sirva de eje a la época. Este personaje es, para García Gómez, Alfonso VI; también, para Levi Provenzal. No así para Menéndez Pidal, que eligió al Cid como gran protagonista del siglo. Y así confiesa García Gómez cómo al proyectar Levi Provenzal su «Historia de la España Musulmana» no se atrevió a contradecir al maestro mientras éste viviese. Pero el maestro le sobrevivió muchos años, y Levi Provenzal no pudo proseguir su historia.

¿Acaso el Cid de Don Ramón no se parece un poco a la Covadonga y al desierto del Duero de Don Claudio?



Escribe Jacinto LOPEZ GORGE

POESIA INEDITA DE CELIA VIÑAS OLIVEIRA

EL 21 de junio de 1954, en Almería, desapareció del mundo de los vivos, cuando una total madurez creadora sazonzaba su obra literaria, la poetisa y narradora Celia Viñas Olivella. Esta singular mujer no era sólo escritora volcada en su creatividad —lo que no era poco en ella—, sino profesora que irradiaba por todo Almería desde su cátedra de Literatura del Instituto Nacional de Bachillerato. De la obra poética de Celia Viñas, muy destacada por entonces en el ámbito de la poesía femenina española más activa, conocíamos tres libros en castellano: «Trigo del corazón» (1946), «Canción tonta en el Sur» (1948) y «Palabras sin voz» (1953) —y uno en catalán— «Del foc i la cendra» (1953). Nacida en Lérida, su lengua materna había sido la catalana y en esa área lingüística —Cataluña y Mallorca, donde residió casi siempre, con sus estudios universitarios en Barcelona— se movió y expresó con absoluta desenvoltura. De ahí que su lengua literaria tuviera esa doble vertiente desde que le nacieron los primeros poemas. Pero Celia Viñas, al instalarse en Almería cuando ganó su cátedra, se incorporó e integró en la cultura andaluza, aunque no dejaría de escribir y publicar en alguna medida en esa lengua de sus mayores. Entre las poetisas de aquellos años, su nombre sonaba en las revistas. Aparte de sus libros publicados, que no eran muchos, tenía otros ya dispuestos o en preparación. Pero, sobre todo, el grueso de sus poemas andaba desperdigado por las revistas o se conservaba inédito. Al morir, dejaba una importante obra inédita en verso —independiente de su obra en prosa: narrativa, teatro y, es-

pecialmente, literatura infantil— que se hubiera perdido en el inmenso desorden donde yacía, de no haberla rescatado el profesor Arturo Medina, que fue esposo de Celia.

Al cumplirse el primer año de su muerte, Arturo Medina preparó la edición —Almería, 1955— de «Cómo el cervo corre herido», serie de poemas de carácter sacro que —según su editor— forman un conjunto ya definido y agrupado por la poetisa, aunque el título, tras averiguación posterior que se nos revela ahora, debiera haber sido «El cervo que va huyendo». Pero la inmensa obra sin ordenar, desperdigada o no hallada, seguía inédita. Y «temiendo que el nombre de Celia empezara a desvanecerse en el olvido», Arturo Medina reunió una parte de esos poemas y, bajo el título generalizador de «Canto», lo publicó en la Colección Agora —Madrid, 1964— en tanto continuaba la búsqueda y preparación de la obra inédita totalizadora. Otra oportunidad de divulgación de la poesía de Celia Viñas se la ofreció la Colección Adonais, al editar la «Antología lírica» —Madrid, 1976—, también seleccionada e introducida por él —con una breve última parte de poemas inéditos, además— y prologada por Guillermo Díaz-Plaja. Hasta que por fin, hace ya casi dos años, Arturo Medina pudo dar remate a su paciente labor de búsqueda, entre papeles dispersos, revisión y ordenación cronológica y clasificación definitiva de todo ese ingente cúmulo de poemas y poemillas —no en su totalidad rigurosamente inéditos— que constituyen el grueso volumen —más de 500 páginas— de «Poesía última» (1).

Entre los papeles hallados y revisados —da cuenta Arturo Medina en la minuciosa presentación que del volumen hace— se topó con el feliz hallazgo de una nota bibliográfica en catalán, que esclarecía algunas cosas. Era la nota informativa que Celia Viñas pensaba mandar a sus editores mallorquines de los poemas catalanes, agrupados bajo el título «Del foc i la cendra», publicado en Palma. Fue en esa nota donde Medina averiguó el título definitivo de los poemas sacros antes citados. Y por esa nota supo también que otra serie de poemas amorosos, titulada «El amor de trapo», había sido entregada por Celia —o proyectaba hacerlo— a otros editores mallorquines: los de la revista «Dabo». Pero de la existencia real de este libro nada se ha podido averiguar. Seguramente no llegó a ordenarla ella, aunque los poemas de amor que quizá habrían de componerlos deben estar, sin duda, entre la mucha poesía amorosa que en este volumen recoge ahora el profesor Medina.

Sobre su título de «Poesía última» algo habría que decir. Hay quien no lo estima demasiado certero, como Carlos Murciano en «La clara voz de Celia», un reciente artículo del «Ya». La verdad es que no se trata de la poesía última de Celia Viñas, sino de la totalidad de su lírica inédita, desde los primerizos poemas en castellano (1935) y en catalán (1937) hasta algunos —no sabemos si últimos, puesto que ella aún vivió dos años— de 1952. Arturo Medina justifica el título «al considerar que con ello se cierra un ciclo de publicaciones y se cancela una labor investigadora». En cuanto al carácter inédito de esta poesía —¿por qué no habría

título «Poesía inédita?»—, puede considerarse así, pese a las justificadísimas reincorporaciones que de algunos poemas hace, bien por tratarse de versión enriquecedora o porque se incorporaron a libros fuera de su marco cronológico, o por cualquier otra circunstancia que en la visión globalizadora de hoy le siguen confiriendo ese carácter de inéditos.

El volumen tiene tres partes: una —la más amplia— de «Poemas en castellano»; otra, de «Poemas en catalán», que se publican también en versión castellana de Aurora Díaz-Plaja —la que fue «leal compañera del alma» de la inolvidable Celia—, y una última, de un «Poema en gallego» —que también hizo incursiones Celia Viñas al idioma de Rosalía—, cuya traducción adjunta es del profesor Vidán Torreira. Dentro de las dos partes primeras, los poemas —aunque no siempre fue fácil averiguar su fecha creadora— se agrupan por años en riguroso orden cronológico. También contiene el volumen una sucinta iconografía con fotos sucesivas, que «coincidiesen paralelas al peregrinaje poético que se refleja en estas páginas», además de borradores manuscritos de algunos poemas, cuyos facsimiles completan la semblanza física y grafológica de Celia Viñas Olivella, aquella torrencial mujer, pedagoga y poetisa de «radiante paisaje interior», a la que con este libro definidor y definitivo el profesor Arturo Medina ha rescatado de un olvido que amenazaba con su tremenda injusticia.

(1) Celia Viñas Olivella: «Poesía última». Presentación, ordenación y notas de Arturo Medina. Almería, 1979.